

CAPITULO IX

VESPASIANO.—ESTERMINIO DE LOS JUDÍOS

La familia Flavia, que no era antigua ni ilustre, procedía de Rieti. Tito Flavio, abuelo de Vespasiano, peleó durante las guerras civiles, y después de la batalla de Farsalia, regresó á su país natal en clase de recaudador de impuestos. Su hijo, que tenía el mismo nombre, desempeñó igual empleo en muchas ciudades de Asia con reputación de hombre honrado. En seguida se retiró al país de los helvecios, dondese enriqueció prestando dinero, y tuvo de una tal Vespasia Pola á Sabino y á Vespasiano. Este último, nacido el 17 de noviembre del año 9, fué elevado por Calígula á la categoría de senador. Habiendo servido con honra, fué posteriormente cónsul, después procónsul en Africa, y tomó por esposa á una esclava africana, llamada Flavia Domitila. Debió sus adelantos á su talento para la lisonja. Cuando Calígula se hizo pasar por vencedor de los germanos, festejó su triunfo con extraordinarios juegos. Solicitó entonces que los ciudadanos acusados de traición fueran ejecutados públicamente y privados de sepultura: dió gracias en pleno Senado porque Calígula le había convidado á una cena. Sirvió á Nerón en Africa con sobrado celo para atraerse la animadversión pública. A su retorno se halló en tal mala situación de fortuna, que empeñó sus tierras á su hermano, y para subsistir apeló á medios poco decorosos. Pero corrió gran peligro á causa de haber cedido al sueño mientras Nerón leía versos de su cosecha. Retirado al campo, aguardaba á cada instante siniestras noticias, cuando se vió elegido para hacer la guerra en Judea. La oscuridad de sus abuelos, que no infundía á Nerón recelo alguno, le valió aquel mando, en el cual se mostró excelente capitán, animoso en sobrellevar las fatigas, y pronto siempre á participar de los padecimientos del soldado. Deshonrábale no

obstante una avaricia que contrastaba singularmente con la prodigalidad capaz de su tiempo.

Fué el único que cambió para hacerse mejor cuando ascendió al imperio. Apenas supo la muerte de Vitelio despachó víveres de Italia, donde se dejaba sentir cruelmente la carestía. Confió gobiernos y mandos á sus amigos, hombres experimentados tanto en la vida privada como en los campamentos, y no se vió en la necesidad de mirar á los soldados con liberalidades intempestivas. Craso Muciano, conjunto de buenas y de malas cualidades, afeminado y activo, orgulloso y afable, ávido de placeres é indomable en la fatiga, fué por él investido con un poder ilimitado; desplegando en Roma una severidad oportuna, puso bajo buen pie las cosas, hasta que Vespasiano, que hacía milagros en Alejandría y encontraba quienes le prestaran asenso (1), llegó á Italia (70).

Si en el momento de su elección acudió tal muchedumbre á rendirle homenaje en el vasto recinto de Alejandría, se puede calcular la que afluyó entorno á su llegada á la metrópoli del mundo. Cada cual se lisonjaba de verle restablecer la disciplina, de restituir al imperio su esplendor y pujanza: todos esperaban de él lo que esperan los pueblos

(1) Restituyó la vista á un ciego humedeciéndole los ojos con su saliva. Un hombre parálítico á quien tocó, recuperó inmediatamente el uso de su mano, todo en honra y gloria de Serapis. Entrando Vespasiano en el templo de este dios, vió detras á un cierto Basírides, que en aquel mismo instante se hallaba enfermo á ochenta millas de distancia. Atestiguan estos hechos Suetonio, Dion y Tácito, quien dice que en su tiempo no se hubiera podido propagar una impostura.

mal gobernados, al mudar de soberano. Con efecto, reprimió la licencia militar, no siendo pródigo con los soldados y acostubrándoles á un régimen severo. Asistía á las deliberaciones del Senado, é invitaba á cada cual á que emitiera su opinión francamente. Investido con la censura elevó á mil el número de senadores, de los cuales apenas habían sobrevivido doscientos á las matanzas anteriores; degradó á los caballeros que se habían hecho indignos de aquella categoría, mejoró la administración de justicia, se afaná por borrar las huellas del deplorable incendio que había desolado á Roma, y recogió tres mil láminas de bronce, en que estaban trazados antiguos plebiscitos, tratados de paz y de alianza, privilegios y diferentes acontecimientos notables.

A pesar de que volvía del espléndido Oriente, conservó sencillas costumbres, y aunque habituado á la vida de los campamentos, lloraba siempre que había necesidad de condenar á alguno á muerte. Hablaba á menudo de lo humilde de su nacimiento, y se mofaba de los que pretendían hacerle descender de Hércules; y teniendo en muy poco los títulos, costó mucho trabajo inducirle á que admitiera el de padre de la patria. Todos tenían cerca de él libre acceso; protegió y casó á la hija de Vitelio dándole un buen dote, y sobrellevó pacientemente al jactancioso Muciano, que suponía haberle dado el imperio. Con no menor sosiego toleró los epigramas fulminados contra su avaricia, y las invectivas de los filósofos, á quienes había condenado á destierro. Aunque desterrado con los demás el cínico Demetrio, no sólo permaneció dentro de Roma, sino que osó comparecer en su presencia y dirigirle mil injurias: *Todo lo haces, le respondió, para que te quite la vida; pero yo no maño á un perro que ladra.* No conservó ningún recuerdo de las afrentas de que en tiempo de Nerón había sido blanco, ni envió al suplicio á ninguno de los que conspiraron en contra suya, ni prestó oídos á los delatores. Habiéndole prevenido alguno que desconfiara de Mecio Pomposiano, porque había nacido bajo el influjo de una constelación que le prometía el imperio, le elevó al consulado, diciendo: *Hará memoria de este acto de amistad cuando suba al trono.*

A fin de equilibrar las rentas, restableció los impuestos suprimidos por Galba, y aumentó los demás; creó otros nuevos y entre ellos uno sobre la orina. Como Tito le manifestase lo que había en esto de innoble, Vespasiano le dió á oler el dinero que prevenía de este tributo, preguntándole: *¿Huele mal por ventura?* Anunciándole cierto día los diputados de una ciudad que su senado había decretado erigirle una estatua de gran precio: *¡He aquí la base, les respondió tendiendo la mano: bastará con que pongáis encima el valor de vuestra estatua.* No había delito alguno de que no fuera fácil eximirse por dinero. Cuéntase también que confiaba las administraciones más lucrativas á los que sabían entregarse mejor á la rapiña, considerándolos

como esponjas que son esprimidas luego que lo han absorbido todo. Solicitando con grande instancia uno de sus favoritos la mayordomía de la casa imperial para alguno á quien llamaba hermano, el emperador no respondió palabra; pero llamó al individuo recomendado, y después de hacerle entregar la suma prometida al favorito por la protección que acababa de dispensarle, le confirió el empleo apetecido. Cuando el favorito volvió á la carga, contestó Vespasiano: *Busca otro hermano, pues ha resultado que el que me recomendaste, es hermano mío y no tuyo.*

Esta es, sin duda, una conducta indigna de un príncipe; pero si se medita sobre el estado de penuria en que encontró las rentas, cuando, según su declaración propia, era imposible administrar la república con menos de 4,000,000,000 de sextercios al año (800,000,000 de pesetas), se inclina uno á disimularle un vicio que no le indujo á las dilapidaciones á que la prodigalidad había arrastrado á sus predecesores. Con doble motivo puede perdonársele, porque aquello no le estorbó mandar ejecutar trabajos de interés público, auxiliar á los senadores poco acomodados, reedificar ciudades destruídas, reparar caminos y acueductos, proteger las artes y las ciencias; pues fué el primer emperador que mantuvo en Roma á expensas del Estado profesores de elocuencia griega y latina.

Guerras: los dacios.—Entretanto la independencia del mundo hacía de vez en cuando alguna tentativa para sacudir la opresión romana. Apenas acababa de recibir Vespasiano el título de emperador, cuando los dacios empuñaron las armas. No hallándose ya contenidos por el ejército que ocupaba la Mesia, atacaron los cuarteles de invierno de los auxiliares, y pasando el Danubio, amenazaron la trinchera de las legiones. Muciano envió prontos socorros, y Fonteyo Agripa pudo arrollar al enemigo más allá del río, cuyas riberas guarneció con una línea de fortalezas.

Irritado por otra parte Aniceto, liberto de Polemón II, rey del Ponto, á consecuencia de haber convertido Nerón en provincia aquel reino, reunió tropas, y bajo pretexto de socorrer á Vitelio, ocupó Trébisonda, redujo á cenizas la escuadra que vigilaba las costas, y habiéndose aliado con los bárbaros, taló las riberas del Asia (68). Viridio Gémino, enviado en contra suya, atacó á sus tropas cuando se entregaban al saqueo y las obligó á refugiarse á bordo de sus naves, pero dándoles luego alcance con galeras equipadas á toda prisa, amenazó á Sedoquesoro, rey de los dacios en la Cólquide, con hacerle la guerra, si no ponía en sus manos á Aniceto, y aquél consintió en entregarle.

Bátavos.—Hacia el año 8 de Cristo una tribu de catos, repelida de la Germania se estableció en la isla que forman dos brazos del Rhin, bajo el nombre de bátavos, y aliada de Roma, sin ser súbdita suya, hubo de suministrarle cierta cantidad de tropas al mando de los principales de aquel territorio. Ocho cohortes de bátavos se habían señalado en

las guerras precedentes tanto en Germania como Bretaña; después habían seguido á Vitelio, contribuyendo á la victoria de Bedriaco en gran manera; pero las envió á su país por mostrarse demasiado turbulentas.

Dos hermanos llenos de valentía, Julio Paulo y Claudio Civilis (69), vástagos de una de las principales familias, figuraban allí en el primer puesto; y habiendo ingresado el último todavía mozo en el servicio de Roma, había obtenido el título de ciudadano y el grado de prefecto de cohorte.

Sospechosos ambos de maquinaciones contra los romanos, Paulo fué decapitado y Civilis enviado á Roma, y puesto al fin en libertad por Galba. Acusado de nuevo por Vitelio, amparóle después Vespasiano, á quien fingió ser adicto. Sin embargo, nutría el deseo de vengar á su hermano y de libertar á su patria. Habiendo, pues, estudiado las disposiciones de sus compatriotas, congregó en un bosque sagrado la flor y nata de la nobleza y del pueblo: después de haberlos excitado escanciándoles vino, hace allí el elogio de la nación, y enumera los ultrajes que ella ha recibido, de tal suerte, que todos se comprometen á la venganza. El, por su parte, jura no cortarse más el cabello hasta ver libre á su patria.

Civilis.—Civilis, tuerto como Anibal y Sertorio, no les cedía en denuedo ni en recursos: su esperanza era mantenerse á la sombra de las divisiones que agitaban al imperio. Requirió ayuda de los caminefatos y de los frisones, y la obtuvo de unos y otros: enviáronle los primeros, tropas mandadas por Brinnon, guerrero de feroz bravura: asesinaron los frisones en plena paz á todos los romanos que se hallaban en su país. Habiendo atacado Civilis á Aquilio, le derrotó, merced á las deserciones, y su victoria le valió armas, una escuadra, las simpatías y la alianza de muchos pueblos de la Germania, y de triunfo en triunfo llegó á encerrar á las legiones dentro de sus trincheras.

Vacilaban los generales romanos ignorando en beneficio de qué emperador se empeñarían en lides. Como pagara Hordeonis Flaco el sueldo en nombre de Vespasiano, prurriendo las legiones en gritos de alborozo, se pusieron á beber y pasaron de la embriaguez á la ira. Algunos dan en decir que Flaco se halla en inteligencia con Civilis; se les presta crédito, y sorprendido Flaco en su lecho, es asesinado por los soldados. Derriban en seguida las estatuas de Vespasiano, tornan á levantar las de Vitelio y cometen toda clase de desórdenes. Después de haber saciado su furia, entran otra vez en sus deberes, reconocen á Vespasiano, y como por indemnización de su rebeldía, atacan de improviso á los bátavos y los ponen en derrota.

Aquellos levantamientos habían despertado el deseo á la esperanza de libertad en toda la Galia. No tardan los bardos en abandonar los albergues donde han procurado eludir las asechanzas del enemigo; salen de allí con sus cantos, sus sacrificios y todo el acompañamiento de la superstición

antigua: hacen oír oráculos que prometen el imperio del mundo á un pueblo situado más allá de los Alpes, y señalan el incendio del Capitolio como preludio de la caída de Roma. Clásico, Julio Tutor, de Tréveris, y Julio Sabino, de Langres, que figuraban por aquella época en primer puesto entre los galos, resolvieron sublevar el país después de haber sondeado las disposiciones de sus compatriotas. Pero ¿qué se había de hacer de los romanos que guarnecían las Galias? Degollarlos, decían los más resueltos; pero á los demás les parecía que bastaba con desembarazarse de los jetes, con la idea de que podrían entrar en la confederación los soldados. Con efecto, se entendieron con cierto número de romanos para dar muerte á sus oficiales, y vestido Clásico con las insignias de magistrado romano, hizo prestar á las legiones juramento de fidelidad al imperio galo (71).

Comenzó inmediatamente la guerra. Civilis, que había cumplido su voto, pudo ya cortarse el cabello; y la profetiza Veleda, recorriendo las filas de los sublevados, acrecentaba su valor afirmándoles en sus esperanzas. Pero era como siempre entre aquellos hombres denodados un fervor sin disciplina, capaz de vencer, no de sacar partido de la victoria. Mutuas rivalidades impedían á las ciudades formar una confederación compacta y homogénea, y ponerse de acuerdo para la elección de una capital; y á este tiempo se sabía que aprestándose Roma á sofocar la insurrección y reuniendo sus fuerzas á las órdenes de un emperador belicoso, hacía avanzar cuatro legiones de Italia, dos de España y una de Bretaña.

Muchos se sometieron entonces por prudencia ó por miedo; otros se vieron obligados á rendirse por la fuerza; hasta las mismas legiones que habían jurado fidelidad al imperio galo, volvieron á entrar en el círculo de sus deberes, y obtuvieron indulto (72). También Civilis hubo de ceder después de una larga y vigorosa resistencia, y le fué permitido vivir en paz. Clásico, Tutor, dos Alpinos y otros jefes, que habían permanecido fieles á la bandera de la independencia, apelaron á la fuga ó se dieron muerte; algunos fueron entregados á los romanos, juzgados y ejecutados.

Julio Sabino.—Julio Sabino, que se había hecho proclamar emperador, fué derrotado cuando andaba propagando la insurrección, y sólo se libertó de la muerte quemando la casa donde se había refugiado y dando á entender que había perecido entre las llamas. Su mujer Eponina, que le amaba tiernamente, lo creyó del mismo modo, y le lloró con desesperación hasta el momento en que él pudo hacerle saber que se había retirado á una caverna con sus riquezas y dos libertos. Disimulando con esmero su regocijo al recibir esta noticia, continua haciendo vida de viuda y llevando luto; pero bajo pretexto de sus negocios vivía mucho tiempo en el campo para estar cerca de su esposo. Dió á luz y crió dentro de aquella gruta á dos hijos; hasta pudo hacer salir á su marido, ignorándose la causa,

con dirección á Roma, donde fué de incógnito, tornando luego á su retiro.

Así pasaron nueve años; al cabo de ellos miradas curiosas espionaron los pasos de Eponina, se descubrió el misterio, y encadenados los dos esposos fueron conducidos á Roma. La magnanimidad del uno, su largo martirio, la singularidad del caso, las lágrimas de la generosa Eponina que decía: *He criado, como lo hubiera hecho una leona, á estos dos hijos en la cavidad de un antro, á fin de que fuésemos más en número á demandar perdón*, enternecieron á Vespasiano hasta hacerle prorumpir en llanto, lo cual no le impidió enviar á aquellos desventurados al suplicio. Así lo quería la razón de Estado.

Renació el orden en la Galia, es decir, la paciencia de la servidumbre, y trasformados los druidas empezaron á enseñar las ciencias romanas.

Judea.—Nos detendremos más tiempo en hablar de Judea, á la cual dejamos reducida á provincia romana y gobernada por procuradores, entre quienes fué más célebre que otro alguno Poncio Pilatos (26-36), (lib. V, cap. XXII.) Aquel representante del emperador, ignorando la energía de un pueblo á quien hacían insostenible el yugo extranjero sus antiguas instituciones, osó vulnerar sus costumbres enarbolando dentro de Jerusalén las enseñanzas romanas, aborrecidas por los hebreos, como toda representación de hombres y de animales. Ante esta afrenta nacional y religiosa corrieron en tropel los hebreos á suplicar á Pilatos que apartara de en medio de ellos tamaño escándalo, y permanecieron día y noche á la puerta del pretorio; luego, en vez de retirarse cuando mandó disipar aquellos grupos á viva fuerza, presentaron al acero su pecho inerme, gritando: *Menos dolorosa nos será la muerte que la desobediencia á nuestra ley*. Conmovido Pilatos de aquella inesperada firmeza, oyó su ruego; pero como quisiera más tarde tomar dinero del tesoro del templo, se sublevó el pueblo, y enfurecido el procurador hizo morir á gran número de judíos. Otra vez recurrió á la fuerza cuando los samaritanos enpuñaron las armas á las órdenes de Simón el Magno en la cumbre del monte Garizín, para buscar los vasos sagrados, que decían haber sido allí depositados por Moisés. Irritados de aquel rigor los samaritanos, le acusaron cerca de Vitelio, gobernador de Siria, quien le intimó fuera á justificarse á Roma.

Cuando posteriormente murió sin hijos el tetrarca Filipo (36), Tiberio reunió sus Estados á la Siria, mientras Herodes Antipas, hermano de Filipo, conservaba la otra parte de la herencia de Herodes el Grande, ejerciendo, merced á la amistad del emperador, una autoridad casi ilimitada en aquella comarca. Fué derrotado en una guerra que emprendió contra Aretas, su suegro, rey de Arabia, y los judíos vieron en este suceso un castigo del cielo por el asesinato de Juan Bautista.

Maltratado á su lado su sobrino Agripa, se dirigió á Roma con el fin de implorar el socorro de

Calígula, que ascendido al trono, le libertó de la prisión, donde le había mandado encerrar Tiberio, y le regaló una cadena de oro del mismo peso que la de hierro con que había estado cargado dentro de su calabozo. Añadió á esto una tetrarquía en Judea con el título de rey (37), y acaso á instigación suya envió desterrado á Lión á Herodes con su esposa (39).

Bastará aquí indicar la resistencia opuesta por los judíos de Jerusalén y de Alejandría á los decretos del emperador, que se empeñaba en violentar sus conciencias (lib. VI, pág. 28), así como el servicio prestado por Agripa á Claudio, quien en cambio sometió á su autoridad la Judea con la provincia de Samaría y dió la Calcide á su hermano.

Llegado Agripa á Jerusalén (42) se granjeó el afecto de sus compatriotas persiguiendo á los cristianos y restableciendo los antiguos usos. Embelleció la capital de Judea, la fortificó hasta el punto que se lo consintiera la rivalidad de sus señores, y dió á la ciudad santa el espectáculo de cuatrocientos reos lidiando en el circo á estilo de Roma. Pero los buenos frutos producidos por su moderación y por el brillo que restituía al reino, estaban contrabalanceados por su condescendencia servil hacia los romanos y por su ambición, que le inducía á admitir hasta el título de dios.

Agripa no dejó más que un hijo de edad de diez y siete años (44), con su mismo nombre, que había sido educado en Roma. Claudio quería enviarle inmediatamente á tomar posesión de la herencia paterna, pero mudó de consejo. Confió, pues, el gobierno de Judea á Cuspido Fado, y la administración del templo y del tesoro á Herodes, tío del nuevo monarca. En la época de la pascua y á fin de prevenir disturbios casi inevitables en medio de tan excesiva concurrencia, había destinado el gobernador una legión á la custodia del templo. Pero aconteció que, habiéndose desnudado un soldado indecorosamente, indignado el pueblo del ultraje hecho á su templo, se pronunció en tumulto. Hicieron los romanos uso de las armas, y se dice que en aquella sedición perecieron hasta veinte mil ciudadanos.

Todo iba para el país lo peor posible; hallábase debilitado interiormente por la división de los reinos de Judea y de Samaría, no menos que por las sectas de los fariseos y de los saduceos. Aunque esencialmente religiosas aquellas sectas, se cambiaron fácilmente en partidos políticos en un reino constituido como aquel lo estaba. Adictos los fariseos á la legalidad y al orden de cosas existente, se habían declarado en apariencia á favor de los romanos, si bien en secreto hacían votos por el cumplimiento de las profecías en que cifraban su esperanza, ateniéndose á la letra muerta, en el sentido de una regeneración política: convencidos los saduceos de la necesidad de una mudanza, habían renegado de las antiguas tradiciones; legitimistas pertinaces y liberales inconsiderados, propendían á una disolución total. Fuerza es añadir además á los

sectarios de un tal Judas, que participando de la creencia de los fariseos, repudiaban á todo soberano, hasta temporal, que no fuera Dios mismo, precipitándose de esta suerte en un republicanismo exaltado, que hacía todo orden imposible y aceleraba la ruina de la patria.

Por su parte disputaban entre sí los sacerdotes, y no sólo con palabras. Esto provenía de que los pontífices, elevados á las funciones supremas por la intriga y el dinero, ó depuestos por los mismos medios, pretendían recibir mayor proporción en la distribución de los diezmos. Habíanse corrompido las costumbres: así Antipas pregonaba el adulterio; Drusila, hija de Agripa, abandona á su esposo para unirse á Félix, gobernador de la Judea y hermano del liberta Palas; Berenice, hermana de Drusila, suscita sospecha de incesto con su hermano Agripa, y á semejanza de su otra hermana Mariana, cambia de marido á medida de su antojo. Todo anunciaba que había llegado al colmo la cólera divina. Al mismo tiempo en la fiesta de los tabernáculos se puso á gritar un judío con sobrenatural impulso: *¡Desventurada Jerusalén! ¡Infortunado templo! ¡Una voz se hace oír de los cuatro vientos! ¡Una voz clama contra Jerusalén! ¡Una voz clama contra el pueblo todo!* Y día y noche corría anunciando en tono funeral aquel siniestro aviso.

Al mismo tiempo cuadrillas de bandidos que usurpaban el nombre de *celosos*, infestaban osadamente el territorio, mezclándose entre la muchedumbre, y clavaban el puñal en el seno de sus enemigos, ó de aquellos por cuyo asesinato se les pagaba. Habiéndose quejado el sumo pontífice Jonatás ante el emperador contra los actos tiránicos del gobernador Félix, fué degollado en el templo por uno de aquellos asesinos, á quien se había renunciado por acción tan indigna (54). Posteriormente el mismo Félix hizo la guerra á aquellas bandas: exterminó también á ciertos fanáticos que sublevaban al pueblo: anunciándose uno de ellos como profeta había arrastrado en pos de sí hasta treinta mil hombres, para expulsar, según decía, de Jerusalén á los romanos. Derribado un caudillo se presenta otro, que sosteniendo el patriotismo con la impostura, se anunciaba como el Mesías vaticinado por los profetas, y cotidianamente eran ejecutados sin distinción ninguna patriotas, magos ó bandoleros.

Hacia mucho tiempo que se debatía la cuestión de averiguar si debía pertenecer Jerusalén á los hebreos ó á los sirios: reclamábanla los primeros como edificada por Herodes; pedíanla los segundos como ciudad griega, apoyándose en que Herodes había mandado erigir allí estatuas y templos. Elevada la causa á conocimiento de Nerón, fué decidida por su fallo en favor de los sirios. Esta fué la señal de un general levantamiento entre los judíos. Mientras Agripa II, cuyos Estados había aumentado Nerón, procuraba sosegarlos, el gobernador Floro atizaba el incendio con la esperanza de sacar provecho de las turbulencias. Entre tanto el país

era víctima del hierro y fuego, como acaece en todas las guerras civiles. Sin darse cuartel se degollaban sirios, romanos y judíos. Veinte mil de éstos, residentes en Cesarea, fueron pasados al filo de la espada dentro del circo; dos mil corrieron la misma suerte en Tolemaida; cincuenta mil en Alejandría; otros tantos en Babilonia, residuos del antiguo cautiverio. En Jerusalén el gobernador Floro, que mantenía comunicaciones con los bandidos, quiso robar el tesoro del templo; y como se le estorbaba el pueblo en masa, escogió un día de mercado para saquear y matar indistintamente; luego mandó á los ciudadanos que salieran al encuentro de las legiones romanas procedentes de Cesarea; y en el momento en que saludaban los estandartes imperiales, se lanzaron los soldados sobre la inermes muchedumbre, é hicieron en ella horrible matanza.

Duplica la desesperación el denuedo de los que sobreviven á tamaño desastre; corren á las armas, salvan el templo, son repelidos los romanos, y Floro se ve reducido á bloqueo dentro de Cesarea. Uniéndose entonces los *celosos* á los insurgentes, expulsaron á los romanos de todas las fortalezas, quemaron los palacios, y pasaron á cuchillo las guarniciones, contravieniendo á la fe de los tratados. No menos crueles por represalias los de Bet-san (*Escitópolis*) inmolaron á trece mil judíos establecidos en aquel territorio (66). Un tal Simón, á quien inspiró un furor repentino tan horrenda carnicería, degolló por su propia mano á padre, madre, esposa é hijos, y se suicidó en seguida.

Entonces Cestio lleva de Siria un ejército numeroso, y destruyendo á su tránsito ciudades y chozas, mata á cuantos judíos caen á sus manos. Pero desplomándose rabiosos éstos sobre sus tropas, las ponen en derrota, y no es poca su ventura de poderse escapar por las gargantas de Betorón. Al saber esta noticia los habitantes de Damasco, encierran en el gimnasio á diez mil judíos, y les cortan la cabeza (19 de Noviembre).

¡Cómo pesaba á la sazón sobre Israel la sangre del Justo inmolado!

Guerra.—Pensando con exactitud los judíos que no se haría esperar largo tiempo la venganza de Roma, se pusieron en estado de defensa (67), y eligieron muchos gobernadores, entre cuyo número se contaba Josefo, el historiador de los acontecimientos cuya narración nos ocupa. Nerón confió esta expedición á Vespasiano, que habiendo reunido en Siria todas las fuerzas romanas y las de los aliados, comenzó la guerra en unión de su hijo Tito, á la cabeza de un ejército que no pasaba de sesenta mil hombres. Habiendo entrado en Galilea asediaron á Jotapa, tomándola tras una horrible matanza. Josefo, que tenía allí el mando, se había refugiado á una caverna, donde fué descubierto. Entonces imploró la misericordia de Vespasiano, quien le trató generosamente y obtuvo en cambio servicios y lisonjas.

Otras ciudades cayeron del mismo modo, y fué avasallada toda la Galilea. Si á lo menos la grave-

dad de las circunstancias hubiera dado á conocer á los judíos la necesidad de olvidar sus divisiones y de unirse en un patriotismo generoso contra el común enemigo, quizá se hubieran libertado de los desastres que les abrumaron con enorme peso; pero al revés, cada vez se encarnizaban más los partidos: contrarias opiniones les hacían venir de continuo á las manos, queriendo salvar unos á la patria con un próximo sometimiento y no respirando los *celosos* más que guerra. Se multiplicaban atrocidades que se creían necesarias para la salvación común en nombre de Dios y de la patria.

Juan de Giscala.—No sólo se hacía la guerra en las calles, sino también en el seno de las familias: era el padre enemigo del hijo, el hermano tenía asechanzas al hermano. Lanzándose los *celosos* á Jerusalén dirigidos por Zacarías y por Eleazar ocuparon el templo; mas asaltados por el pueblo se retiraron al último recinto. El gran sacerdote Anán les envió en clase de parlamentario un hombre manchado con muchos delitos, que fingía pertenecer al partido moderado; llamábase Juan de Giscala: en vez de inducirles á entrar en acomodos, les aconsejó oponer resistencia, y llamar en su socorro á los idumeos; verificáronlo así, é inmediatamente aparecieron bajo los muros de Jerusalén veinte mil de aquellos auxiliares, profiriendo amenazas contra Anán y los suyos, á quienes llamaban vendidos á los romanos y traidores á la patria. Penetraron en la ciudad auxiliados por una partida de los *celosos*. Aquellos que saben lo que son las guerras civiles, pueden imaginar los horrores con que fué manchada Jerusalén entonces, donde el terror era el sentimiento dominante.

Anán, único hombre capaz de contener á los partidos y de enderezarlos al bien común, fué muerto en el tumulto (69), y cuando se retiraron los idumeos, poseídos de espanto al aspecto de la sangre vertida, quedó expedito el campo á los *celosos* para entregarse á nuevas atrocidades.

Simon de Jora.—En breve volvieron las armas unos contra otros, y divididos en dos facciones, unos combatían y otros sustentaban á Juan de Giscala. Sólo concordaban en la ruina de la patria, y durante aquel tiempo talaban las campiñas las hordas mandadas por Simón de Jora, mozo audaz y ambicioso, en torno del cual se agrupaban los esclavos por conquistar su libertad, los hombres libres por obtener recompensas, y hasta personas de consideración por seguridad de sus bienes.

Obedecido Simón como un monarca, se arroja sobre la Idumea y se apodera de ella, merced á los traidores que le prestan ayuda; precedido por la devastación y el espanto llega á asediar á Jerusalén. Dentro de sus muros se habían refugiado los idumeos fugitivos; pero no pudiendo soportar la barbarie de Juan de Giscala, se sublevaron y le encerraron en el templo. Temeroso el pueblo de que se hiciera una salida, abrió las puertas de Jerusalén á Simón, y éste, maltratando igualmente á amigos y adversarios, estrechó con nuevo rigor el asedio del templo.

Vespasiano, á quien se censuraba por su lentitud dijo: *Los judíos me allanan el camino para conquistar la Palestina.* En efecto, cuando vió el país agotado, puso manos á la obra. Después de haberse apoderado de las plazas circunvecinas marchó sobre Jerusalén, y llamado al imperio, dejó á Tito el cuidado de tomar la ciudad, ínterin se dirigía á Roma á establecer el orden.

En la ciudad santa, ó más bien en el recinto del templo, Eleazar, que pertenecía á la casta sacerdotal y no carecía de habilidad, se había puesto al frente de los que pertenecían á las tropas de Juan de Giscala y profesaban horror á sus delitos, y mientras Simón recorría audazmente la ciudad con dos mil *celosos* y cinco mil idumeos, Eleazar y Juan urdían tramas uno contra otro. Juan ocupaba con seis mil hombres el atrio de los israelitas, manteniéndose con lo que saqueaba en sus salidas. Eleazar que se había atrincherado en el atrio de los sacerdotes con dos mil cuatrocientos hombres, se alimentó con las ofrendas que el pueblo llevaba al templo, hasta el instante en que Juan llegó á desalojarle por traición de aquel punto, y se entendió con Simón para reunir sus esfuerzos contra el extranjero, sin suspender por eso sus querellas interiores.

Toma de Jerusalén.—A este tiempo (70) había acudido de todas partes extraordinaria muchedumbre para celebrar la pascua en la ciudad santa. Tito aprovechó aquel momento para sitiaria, y procediendo con anhelo en los trabajos, rodeó á Jerusalén con un foso de circunvalación muy en breve.

Sólo el fanatismo de los *celosos* y las promesas de los falsos profetas sustentaban el valor de una multitud en que el hambre hacía tal estrago, que hubo madres que degollaron á sus hijos para nutrirse con sus carnes. Agréguese á esto la epidemia; añádase el furor de los *celosos*, que ora por buscar víveres, ora por saciar su gusto de sangre, mutilaban y asesinaban implacablemente. Josefo el historiador, fué enviado muchas veces á la ciudad por los romanos para atraer á los sitiados á un acomodo; pero como acaece comunmente á los desertores, era sospechoso á los romanos y á sus compatriotas. Por último, Tito juró el exterminio de aquella ciudad rebelde, declarándose inocente de los desastres que había acumulado ella voluntariamente sobre todos sus moradores. Cuantos judíos caían prisioneros, eran crucificados por orden del clemente Tito. Se prometió la vida á todo el que se rindiera; pero apenas salieron en corto número algunos de aquellos infelices, implorando perdón, fueron asesinados por los romanos. Al abrir un soldado un cadáver, halló dinero, y divulgándose al punto la noticia de que los judíos se tragan sus riquezas para ponerlas en salvo, son degollados todos los prisioneros, y se rebuscan tesoros en sus entrañas.

Destrucción de Jerusalén.—En breve es tomada la ciudad, y el vencedor pasa á cuchillo á todos sus habitantes: se interrumpe el sacrificio cotidiano; que no había cesado desde el tiempo de los Maca-

beos. Sufré también asalto el templo (17 de julio de 70), y aunque Tito había recomendado salvar aquel notable edificio, un tizón encendido, arrojado allí casualmente, le prende fuego y lo deja reducido á cenizas. Así el símbolo material de la religión mosaica era presa de las llamas casi al mismo tiempo que el Capitolio, centro de la religión pagana (2), como si una y otra hubieran querido ceder el puesto á la iglesia del Dios vivo.

Después de la más obstinada resistencia cayeron prisioneros Juan y Simón, y fueron reservados para el triunfo con setecientos judíos de los de más nota. Ni el mismo Tito pudo reprimir el llanto viendo el miserable estado de Jerusalén, atestada de cadáveres y de ruinas.

Todavía se defendieron algunos judíos en diferentes puntos fortificados. No pudiendo resistir por más tiempo los que se habían refugiado á Masada, mataron á las mujeres y á los niños, luego escogieron á diez de ellos para que mataran á los demás, y por último se quitaron la vida á sí propios. Esta guerra costó millón y medio de hombres (3)

(2) El templo de Jerusalén el 10 de agosto del año 70; el capitolio el 19 de diciembre del año 69, cuando tuvo lugar el ataque dirigido por Sabino contra los parciales de Vitelio.

(3) Justo Lipsio (*De constantia*, II, 21), hace el cómputo siguiente de los que perecieron en la última guerra de los judíos:

Muertos en Jerusalén de orden de Floro.	630
— en Cesarea por los habitantes.	28,000
— en Escitópolis.	30,000
— en Escalón.	2,000
— en Tolemaida.	2,000
— en Alejandría.	50,000
— en Damasco.	10,000
— en la toma de Joppe (Jafa).	8,400
— sobre la montaña de Zabulón.	2,000
— en una batalla cerca de Ascalón.	10,000
— en una emboscada.	8,000
— en la toma de Afek.	15,000
— ahogados en Joppe.	4,200
— sobre la montaña de Garizin.	11,600
— en Tariquea.	6,500
— en Gamala, donde no se escaparon más que dos hermanas.	1,000
— evacuando á Giscalá.	2,000
— en el asedio de Jotapa, donde mandaba Josefo.	30,000
— en la aldea de Idumea.	10,000
— entre los gadarenianos sin contar los que se ahogaron.	13,000
— en Gerasio.	1,000
— en Maquerón.	1,700
— en el desierto de Jardes.	3,000
— en Masada se suicidaron.	960
— en Cirene por orden de Cátulo.	3,000
— en Jerusalem durante el asedio.	1,100,000
Total.	1,353,990

Josefo dice que en el sitio de Jotapa perecieron 40,000 hombres, no 30,000. No se numeran aquí los que fenecieron dentro de cavernas, desterrados, ó de otra manera, ni

animados do quiera que se encontraran, del deseo de defender la libertad, la religión y el templo de Dios. Vespasiano mandó exterminar todo lo que restaba de la raza de Judá, á fin de quitar toda esperanza á los judíos que habían sobrevivido. El producto del botín le sirvió para construir el templo de la Paz en Roma, y colocó en su recinto el candelabro de oro con los demás despojos sagrados. Quiso que todos los judíos desparramados por el imperio estuviesen obligados á verter en el tesoro la suma que tenía costumbre de pagar por su contribución para los gastos del santuario. Tito, delicia del género humano, pudo recrear al pueblo ofreciéndole en el circo de Berito y de Cesarea el espectáculo de judíos acuchillándose recíprocamente y despedazados por fieras. Otros que habían sido llevados á Roma, sirvieron de ornamentos á su magnífico triunfo, durante el cual fueron degollados los principales de ellos por remate de fiesta. Los demás quedaron de reserva, según costumbre, para los trabajos del Coliseo.

Nos adelantaremos á los tiempos para espiar las últimas señales de vida de este pueblo tan grande en la prosperidad y en los reveses. Cuando el emperador Adriano visitó la Judea, hizo que Jerusalén fuera reedificada, aunque prohibió expresamente la entrada á los judíos, á menos que compraran á precio de oro el permiso de ir á llorar sobre las ruinas de su patria.

Barcocebas.—Encargados por el emperador de fabricar armas para sus tropas, se sirvieron de ellas para insurreccionarse bajo la dirección de un tal Barcocebas (*hijo de la estrella*), que se anunciaba por el Mesías, rey de victorias y de venganza (34-35). Agrupáronse en torno suyo los judíos proclamándole el astro de Jacob, el cetro de Israel, el elegido destinado á realizar la predicción involuntaria de Balaam, á romper los cuernos de Moab, á destruir á los hijos de Set (4). En un mismo instante se sublevaron en todas partes contra la dominación extranjera con el furor del esclavo que quebranta sus hierros. Se estremece uno de horror al considerar las matanzas de que fueron ejecutores. Doscientos veinte mil griegos fueron degollados en Cirene, doscientos cuarenta mil en Chipre, y gran número en Egipto. Llevaron la barbarie hasta dividir en dos pedazos á sus víctimas con una sierra, devorar sus carnes, beber su sangre y ceñirse la frente con las entrañas de los que acababan de ser inmolados (5).

Disipó aquella tempestad la espada de los romanos destruyendo locas ilusiones; pero no lo alcanzaron sin derramar otra vez torrentes de sangre. Fueron muertos quinientos setenta y seis mil hebreos; ¡tantos había reunido la esperanza! Aquellos

los 97,000 prisioneros, ni los 11,000 que murieron de hambre ó voluntariamente ó por crueldad de sus carceleros.

(4) *Libro de los números*, cap. 24.

(5) *DION*, LXVIII.

que sobrevivieron, fueron vendidos en el mercado de Terebinto y de Gaza, ó arrastrados á Egipto, ó muertos parcialmente. Demolidas quedaron cincuenta plazas fuertes y nuevecientas ochenta y cinco aldeas. Entonces la ruina total del país arrancó á aquella nación desventurada, no sólo la esperanza, sino también la posibilidad de volverse á levantar nunca (6).

A fin de extinguir su religión y la de los cristianos, se erigió un templo á los ídolos en el lugar donde tenía asiento el templo antiguo; otro sobre el sepulcro de Cristo, y otro dedicado á Adonis en el sitio donde se hallaba el santo pesebre. Jerusalén cambió su nombre en el de Elia Capitolina, y tan completamente olvidado fué el primero, que habiendo dicho en tiempo de Diocleciano un mártir como era natural de Jerusalén, ni el gobernador de la Palestina, ni ninguno de los asistentes supieron donde se hallaba situada una ciudad con semejante nombre (7).

Antonino Pío dulcificó este rigor excesivo, y restituyendo á los judíos sus privilegios, les permitió circuncidar á sus hijos, aunque prohibiéndoles hacer prosélitos extranjeros (8). Aun cuando proseguían desterrados de Jerusalén pudieron formar en otros puntos sinagogas y asambleas y obtener los derechos de ciudadano. Residiendo en Tibe-

(6) La sublevación de Barcocebas ha sido siempre el tema favorito de las fábulas rabínicas. Cuentan que era uso entre los hebreos plantar un cedro cuando les nacía un hijo, y un pino cuando era hija, cuya madera servía para hacer su tálamo nupcial en la época de su matrimonio. Como la hija de Adriano viajara por Judea se rompió su carro, y para componerlo se derribaron muchos de aquellos árboles, lo cual vieron con tan malos ojos los hebreos, que se sublevaron en masa. Es de notar que Adriano no tuvo hijos, y además que se hubiera necesitado diferir mucho los matrimonios para aguardar á que un tierno pino que

Lenta venit, seris factura nepotibus umbram,

tuviese el tronco de suficiente espesor para trabajarlo. Léese además que para dar pruebas de valor, se habían cortado un dedo cien mil adictos de Barcocebas, de modo que los sabios de la nación enviaron á preguntarle: *¿Hasta cuando has de mutilar á los judíos?* y habiendo respondido Barcocebas: *Y cómo he de experimentar su fuerza?* le dijeron que alistara á los que pudieran arrancar un cedro del Líbano, y doscientos mil llevaron á feliz remate tamaña empresa. Las sangrientas proezas que narran los mismos escritos, se asemejan á las de los libros de caballería. Lo cierto es que en una letanía que cantaban los hebreos el noveno día de Ab, fecha de la publicación del edicto de Adriano que prohibía poner el pie en Jerusalem, es comparado á Nabucodonosor, sin que se haga mención alguna de Vespasiano ni de Tito. *Recordare, Domine, qualis fuerit Adrianus, crudelitatis consilia amplexus, consuluit idola se pervertentia, et sustulit combustisque quadraginta et octoginta synagogas.* Véase *JUAN DE LENTH. De Judaeorum pseudo messias.*

(7) *EUSEBIO, De Pal. c. XI.*

(8) *V. CASAUBONO, ad Hist. Aug., pág. 27.* El juriconsulto Modestín hace mención de este edicto. *Regul.*, lib. VI.

riade pudo elegir el patriarca á los ministros dependientes suyos, percibir una contribución de sus dispersos hermanos, ejercer una jurisdicción doméstica, y la fiesta del *Purim*, es decir, del sacudimiento del yugo de Aman, se celebraba en las ciudades paganas con una solemnidad ruidosa (9). Apaciguados con aquella tolerancia, los judíos no hicieron estallar más su odio contra los extranjeros de otro modo que procurando engañarles en las operaciones de comercio, y profiriendo contra ellos las misteriosas imprecaciones consignadas en la Biblia contra los hijos de Edom (10).

Constantino estableció el verdadero culto en la ciudad donde se habían cumplido los misterios de la redención: posteriormente Juliano el Apóstata procuró hacer revivir la nacionalidad judía para desmentir la profecía de Cristo; pero aunque de todas partes acudieran los judíos á su llamamiento, y contribuyeran con sus riquezas particulares á aquella especie de reedificación nacional, quedó totalmente interrumpida (11). Justiniano elevó la iglesia de Jerusalén á la dignidad patriarcal. Cuando Cosroes II, rey de Persia, ocupó aquella ciudad, vendió á los judíos noventa mil prisioneros cristianos, á quienes dieron muerte. En breve los persas fueron expulsados por Heraclio; pero nueve años más tarde el califa Omar, segundo sucesor de Mahoma, asedió á Jerusalén y se apoderó de ella al cabo de cuatro años. Domináronla los musulmanes hasta la época en que, para libertarla, enarbó Europa la cruz y se arrojó sobre el Asia.

El pueblo hebreo, á quien uno de sus filósofos ha llamado pontífice y profeta de todo el género humano (12), fué el custodio de la tradición santa; predicó una doctrina que proclamaba el bien de la vida y de la esperanza, cuando los demás orientales en su misticismo consideraban la muerte como un beneficio divino, y situaban la verdadera vida en las ciudades subterráneas, y fué grande mientras la unidad nacional de Israel sirvió de símbolo á la unidad de la fe. Cuando en tiempo de Roboán se dividieron las tribus, el nuevo reino de Siquen ó de Samaria dió margen á una escisión en los dogmas religiosos, no menos que en la asociación política; y el monte Garizin, que vino á ser rival de la montaña de Sión, tanto para el culto como para el gobierno, levantó ídolos en frente del arca del Señor. Hizo la reacción que cierto número de fieles se atuviera más estrictamente á la letra de la ley, restringiendo su sentido; y esto dió nacimiento al verdadero judaísmo y á la secta de los fariseos.

(9) *BASNAGE, Historia de los judíos*, III, 2, 3.

(10) Según ciertas tradiciones suyas, Eusebio, nieto de Esaú, condujo á Italia el ejército de Eneas, rey de Cartago; una colonia de idumeos, perseguida por David, se había refugiado á Roma. Por eso aplicaban el nombre de Edom al imperio romano.

(11) Véase el Libro VII, cap. 7.

(12) *FILÓN.*

De aquí las disputas en las escuelas, las disensiones en el seno de las familias, las luchas sobre el campo de batalla, la dispersión y la servidumbre; de aquí las reconvenciones de los profetas y la confusión de la política y de la fe.

Aquellas disidencias con motivo del significado y de la aplicación de la ley, no podían menos de ser extremadamente funestas á un pueblo gobernado por la ley rigurosamente (13). Por eso todas las querellas de los judíos entre sí y con los extranjeros, se presentan á nuestros ojos bajo un aspecto religioso, á contar desde la salida de Egipto hasta Herodes. Este por interés político favorecía las costumbres y el poder de los extranjeros, á quienes era deudor de la corona, con detrimento de la nacionalidad judía; y al revés los doctores se adherían al sentido de la ley más obstinadamente, exageraban el celo por las prácticas exteriores y la observancia minuciosa de la letra muerta.

Ahora bien, la letra prometía un Mesías vencedor y triunfante: de consiguiente, se negaron á re-

(13) Ya hemos dicho que el nombre de teocracia cuadraba mal al gobierno hebreo, en el sentido en que se entiende vulgarmente, es decir, una autoridad ejercida por sacerdotes. Se le podría aplicar con más propiedad el nombre de nomocracia, atendido á que todo estaba determinado por la ley, que traía su eficacia de Dios, de quien emanaba.

conocerle en el hijo del humilde artesano, en el que muerto á sus manos, cambió para ellos en tesoro de cólera las riquezas de la misericordia (14); y cuando llegó á colmo la medida de sus delitos, arrancó su viña del terreno ingrato, que no producía más que lambrusca.

Cumplida su misión cayó Jerusalén: rompióse la cáscara cuando se desarrolló la idea que encerraba, cuando no bastó ya un símbolo inmóvil, es decir, un templo hecho por mano del hombre. Después de alguna tentativa para reconstituir su ciudad y su nacionalidad, se dispersaron los infelices judíos por la superficie de la tierra: pero puestos á prueba con tantos reveses, perseguidos por los gentiles, por los cristianos, por los mahometanos, no renunciaron á su religión ni á la esperanza. Aun ahora, el día en que su templo fué reducido á cenizas (9 de Ab) ayunan rigurosamente; y dedicándose á la industria, al trabajo, continuando en la observancia de su ley, viven confiados en que aquel Dios que les sacó en otro tiempo del cautiverio de Babilonia, hará aún resplandecer su día.

Este día será aquel en que la sangre vertida por sus padres caiga sobre los hijos como señal de perdón y de redención.

(14) *Crucifixa. et salvatorem suum, et fecerunt damnatorem suum.* —ENCUSTIN.
 § para sus
 e baj

CAPITULO X

LOS FLAVIOS

En medio de la medianía universal parecieron de tan grande éxito la expedición llevada á buen término por Tito y la sumisión de una nación, que Vespasiano se mostró celoso hasta de su propio hijo. Pero éste acudió á su lado diciéndole: *Hé llegado, vedme aquí, padre mío*, y dejando de abrigar recelos Vespasiano, le asoció al poder tribunicio, le confirió el mando de la guardia pretoriana, y le permitió celebrar el triunfo con la mayor magnificencia (1). Entonces fué cuando se levantó el arco

que todavía lleva el nombre de Tito, monumento que, con la clausura del templo de Jano y la crea-

pasando por los teatros, á fin de que pudiera verles con más facilidad la muchedumbre.

Es imposible dar cuenta de la multitud de espectadores, y de las magnificencias de todas clases, de que nadie podría formarse idea, tanto en lo concerniente á las obras de arte, como con relación á las riquezas de diversas especies ó á las rarezas naturales. Allí se encontraba reunido en un sólo día cuanto los hombres más afortunados han llegado á poseer de grande y maravilloso en tiempos y lugares diferentes y brindaba á los ojos el esplendor del imperio romano. Véase allí una infinita cantidad de obras de oro, de plata y de marfil, no llevadas por gala, sino corriendo, por decirlo así, como un río: telas de vestiduras, unas de púrpura más preciosa, otras pintadas á estilo de Babilonia, cargadas de los más delicados dibujos y fulgurantes pedrerías, unas engastadas en coronas de oro, otras dispuestas de distinto modo. Su profusión indujo á creer que era un error suponer que aquellas cosas fuesen raras. Llevábanse también las estatuas de los dioses de tamaño prodigioso y de un trabajo nada común por su esmero; además no había una que no fuera de una materia preciosa. Véanse asimismo animales de diversas especies, enjaezados todos con ricos arneses con ocasión tan solemne. Todos aquellos objetos preciosos eran llevados por una multitud de personas vestidas de telas de púrpura con realces de oro; y los que habían sido elegidos para tomar parte en el triunfo, iban engalanados con una magnificencia de ornamentos esquisita y admirable. Hasta la turba de prisioneros aparecía con variedad y lujo: la elegancia de sus trajes ocultaba á los ojos la deformidad de sus cuerpos mutilados.

(1) Triunfo de Tito.—«El día señalado para celebrar la victoria, no quedó nadie en las casas. Todos acudieron desde muy temprano á coger sitio, y ocupaban calles y plazas, no dejando en claro más que el espacio preciso para que pasaran los triunfadores. Todavía era de noche cuando los soldados formaron ordenadamente en filas y se colocaron al rededor de las puertas, no del palacio, sino del templo de Isis, donde Vespasiano y Tito habían pasado la noche. Estos salen al asomar la aurora coronados de laurel y vestidos con un manto de púrpura, y se dirigen con la comitiva que les circunda hacia los pórticos de Octavio, donde aguardan su arribo los senadores, las diversas ordenes de magistrados y los caballeros. Habíase levantado delante de los pórticos un estrado en que había carros de marfil para el emperador y su hijo. Subieron allí y tomaron asiento. Entonces prorrumpieron los soldados en gritos de alborozo dando testimonio de su denuedo. Hallábanse los soldados sin armas, vestidos de seda y coronados de laureles. Vespasiano dió gracias por aquellas demostraciones, y como quisieran proseguir hizo seña para que callasen. Sucedió un profundo silencio: levantóse entonces, y cubriéndose casi enteramente con su manto, hizo las plegarias de costumbre, imitándole Tito. Concluidas las plegarias, despidió Vespasiano en pocas palabras á los soldados para que asistieran á la comida preparada comunmente por los emperadores, y se retiró hacia la puerta triunfal. Allí padre é hijo tomaron un refrigerio, enseguida se pusieron los trajes de triunfadores; y después de haber hecho un sacrificio á los dioses custodios de aquella puerta, empezaron la marcha triunfal

»Movían especialmente á asombro la estructura de las máquinas que en su mayor parte eran de tres y cuatro pisos; y al ver la magnificencia con que estaban decoradas, se experimentaba placer y estupor á un mismo tiempo. Había muchas de donde colgaban paños recamados de oro, y todas estaban incrustadas de oro y de marfil con sumo arte. Allí iba figurada la guerra de muchos modos